

# (DES)MONTAJE DE MEMORIAS Y MONUMENTOS. RESIGNIFICACIONES, ICONOCLASIAS Y RESISTENCIAS EN LA PAZ Y EL ALTO, BOLIVIA

VANESSA CALVIMONTES DÍAZ  
Universidad de Salamanca (USAL)

JUAN VILLANUEVA CRIALES  
Universidad Mayor de San Andrés (UMSA)  
*Aceptado para publicación 27 de mayo 2024*

---

## Resumen

El artículo aborda los monumentos públicos en las ciudades vecinas de La Paz y El Alto, en Bolivia. Combina un recorrido cuantitativo sobre el emplazamiento de monumentos entre ambas ciudades con ingresos a profundidad sobre tres fenómenos recientes: la resignificación de lo prehispánico; la iconoclasia feminista y anticolonial; y los monumentos de denuncia contra el terrorismo de estado. El texto detecta diferencias en las narrativas de memoria que propugnan los gobiernos de ambas ciudades, especialmente en relación con la tensión entre colonialidad/nacionalidad e indigenidad. Más aún, termina reflexionando sobre el espacio como actor fundamental en la monumentalización; el carácter estratificado de un estado con pugnas internas; la tendencia del estado a usar la monumentalización para neutralizar la capacidad de protesta de la sociedad civil; y la persistencia de la iconoclasia.

*Palabras clave:* estudios materiales contemporáneos; memoria; feminismo; decolonialidad.

**(DIS)ASSEMBLY OF MEMORIES AND MONUMENTS. RESIGNIFICATIONS, ICONOCLASMS AND RESISTANCES IN LA PAZ AND EL ALTO, BOLIVIA**

**Abstract**

The article addresses public monuments in the neighboring cities of La Paz and El Alto, in Bolivia. It combines a quantitative overview of the placement of monuments between both cities with in-depth accounts on three recent phenomena: the resignification of the pre-Hispanic; feminist and anticolonial iconoclasm; and monuments denouncing state terrorism. The text detects differences in the memory narratives advocated by the governments of both cities, especially in relation to the tension between coloniality/nationality and indigeneity. Furthermore, it ends up reflecting on space as a major agent in monumentalization; the stratified character of a state with internal struggles; the state's tendency to use monumentalization to neutralize civil society's capacity to protest; and the persistence of iconoclasm.

*Keywords:* contemporary material studies; memory; feminism; decoloniality.

---

**(DES)MONTAGEM DE MEMÓRIAS E MONUMENTOS. RESIGNIFICAÇÕES, ICONOCLASIAS E RESISTÊNCIA EM LA PAZ E EL ALTO, BOLÍVIA**

**Resumo**

O artigo aborda monumentos públicos nas cidades vizinhas de La Paz e El Alto, na Bolívia. Combina uma visão quantitativa da colocação de monumentos entre as duas cidades com entradas aprofundadas sobre três fenômenos recentes: a ressignificação do pré-hispânico; iconoclastia feminista e anticolonial; e monumentos denunciando o terrorismo de Estado. O texto detecta diferenças nas narrativas de memória defendidas pelos governos das duas cidades, especialmente em relação à tensão entre colonialidade/nacionalidade e indigeneidade. Além disso, acaba por refletir sobre o espaço como ator fundamental na monumentalização; o caráter estratificado de um Estado com lutas internas; a tendência do Estado de usar a monumentalização para neutralizar a capacidade de protesto da sociedade civil; e a persistência da iconoclastia.

*Palavras-chave:* estudos materiais contemporâneos; memória; feminismo; decolonialidade.

## Introducción

Al abordar el tema de monumentalización, la categoría de “lugares de memoria” que incluye entre otras manifestaciones a los monumentos y espacios, resulta ineludible. La memoria, un fenómeno perpetuamente actual, sujeto a la dialéctica del recuerdo y el olvido, se contrapondría a la historia en tanto representación del pasado. La voluntad de recordar como ejercicio colectivo de emplear la memoria para cuestionar el presente define a los lugares de memoria, evitando que sean “barridos” por la historia (Nora, 1989, p.12).

Se ha cuestionado la aplicabilidad de este concepto a una Latinoamérica supuestamente desprovista, a diferencia de Europa, de “tradiciones de memoria estables y de larga duración, sedimentadas en el transcurso de sucesivas capas de representaciones pasadas” (Schindel 2009, p.67), pero este argumento es contradicho por numerosas prácticas de transmisión de la memoria resilientes a siglos de colonialismo, por ejemplo, en los Andes (Abercrombie, 2006; Arnold, 2023). La cualidad de denuncia que Schindel observa en los lugares de memoria latinoamericanos podría deberse, en cambio, al carácter politizado del patrimonio en la región: un campo de batalla para interpretar y proyectar la historia, en relación con la indigenidad y la colonialidad, donde los estados republicanos dan continuidad al orden colonial (Kaltmeier y Rufer, 2017).

Ingresando a los monumentos públicos, Mora (2013) asevera que reflejan los imaginarios e interpretaciones hechos por colectivos humanos sobre la memoria social. Esta definición también debe politizarse: los monumentos expresan la memoria que los estados promueven selectivamente, facilitándoles la gobernanza de los cuerpos indígenas, entendida como un procedimiento de despojo (Jofré y Gnecco, 2022). Por ejemplo, Londoño (2022) caracteriza la ideología que construyó la identidad de las naciones latinoamericanas como un ensamblaje de actores humanos y no humanos —los monumentos— que definen horizontes de normalidad. Sin embargo, los monumentos son distintos de los actores humanos, sobre todo en su desenvolvimiento en el tiempo. Young (1992) observa la falta de correspondencia entre la durabilidad del monumento en tanto material y la inestabilidad de las memorias que evoca; es decir, los monumentos mueren en el tiempo porque las verdades que transmitían al ser creados devienen extrañas, irrelevantes o ridículas en nuevos contextos.

Así, los monumentos públicos pueden ser la arena donde diversos actores sociales contradicen las memorias hegemónicas estatales produciendo lo que Javier Claros denomina “contramemorias” (2023, p.142). Todo esto resalta el carácter problemático de los monumentos y apunala la necesidad de estudiarlos en la actualidad latinoamericana, tan polarizada y proclive a resignificaciones e iconoclasias. Este artículo aborda el tema en las ciudades de La Paz y El Alto, en los Andes bolivianos (Figura 1). Comienza describiendo ambas urbes y comparando cuantitativamente sus tendencias de emplazamiento de monumentos en el tiempo y el espacio. Después, profundiza en tres fenómenos recién-

tes: los nuevos sentidos de la monumentalización de lo prehispánico entre ambas ciudades en tiempos multiculturales; la iconoclasia feminista y anticolonial ante monumentos que homenajean el pasado colonial en La Paz; y los monumentos que denuncian el terrorismo de estado reciente en El Alto.

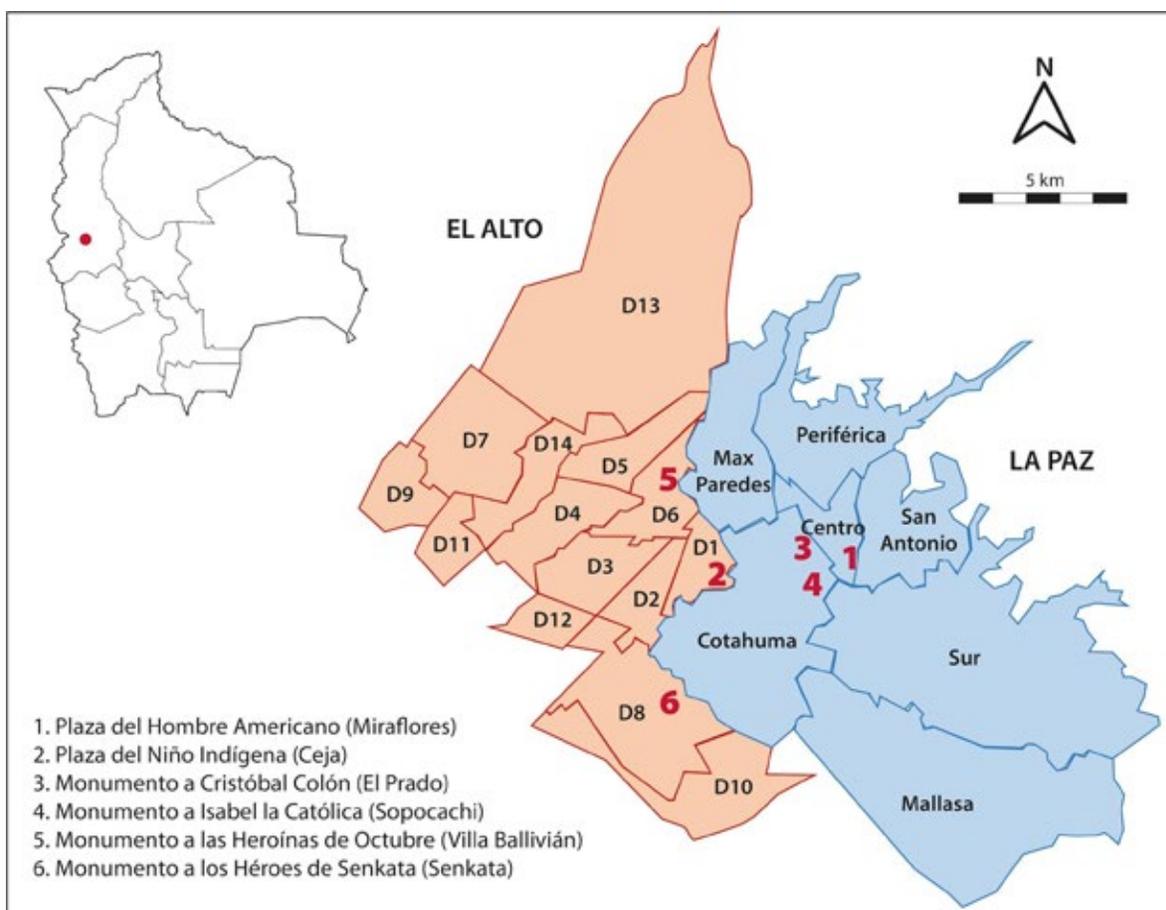


Figura 1. La Paz y El Alto, ubicando los monumentos tratados en el texto (autoría propia).

### La Paz, El Alto y sus monumentos

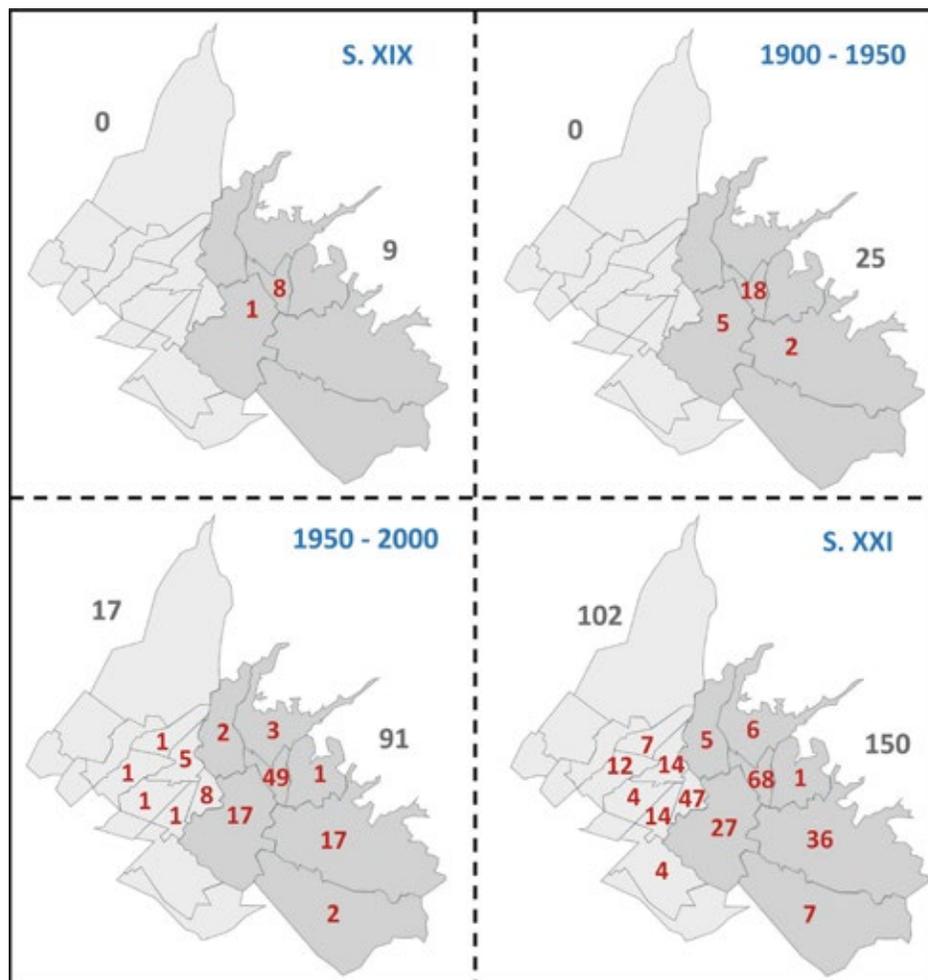
La mayor mancha urbana boliviana se despliega donde la pampa altiplánica, a 4.000 metros sobre el mar, es erosionada por ríos de deshielo cordillerano cortando unos valles abruptos en su descenso hacia la Amazonía. La topografía, junto con causas históricas, políticas y económicas, divide esta mancha en dos ciudades tan apretadamente juntas como distintas.

Sobre la “hoyada” riverena se emplaza La Paz, cuya fundación hispana sobre un caserío incaico en 1548 intentaba controlar el comercio entre la capital colonial de Lima y las minas de Potosí, y entre el lago Titicaca y los yungas subtropicales. Dicha posición confirió a La Paz una potencia demográfica y económica que mantuvo tras la fundación de Bolivia en 1825. En 1899, las élites paceñas desconocieron la capitalía que Sucre había heredado de tiempos coloniales, ganando la sede de gobierno mediante una guerra civil (Klein, 1982). Desde entonces, el centro paceño escenificó el poder de la república boliviana y las proyecciones de sus oligarquías liberales. Los ferrocarriles y fábricas aceleraron la migración campo-ciudad, que incrementó con la abolición de la hacienda rural en los 50 y con el despido de los mineros estatales en los 80. Este crecimiento implicó desafíos para una ciudad limitada por la topografía: conforme el centro paceño adoptaba funciones burocráticas y comerciales, las élites y clases medias se trasladaron a zonas aledañas como Miraflores, Sopocachi o la más acaudalada zona Sur. En esos suelos estables de meseta o lecho fluvial se han construido recientemente numerosos edificios multifamiliares. Paralelamente, las laderas arcillosas ganadas a los cerros, proclives a deslizamientos, son habitadas por población más pobre. Esta desigualdad en clave topográfica otorga a La Paz su peculiar aspecto: “islas” de rascacielos en un mar de casitas colgantes.

La zona altiplánica vecina a la hoyada se denominó El Alto. A partir de los 50 la abolición de las haciendas dio paso a urbanizaciones como Villa Dolores, Villa Ballivián, Villa Adela, Ciudad Satélite o 16 de Julio, a la vera de caminos y ferrovías. La migración determinó un crecimiento explosivo de El Alto, que empezó a generar circuitos de empleo desde los 70 (Hilari, 2022), independizándose como municipio en 1985. Hoy El Alto es la segunda ciudad más poblada de Bolivia, solo detrás de Santa Cruz, y ha fortalecido una identidad ligada con comunidades de mineros, obreros y campesinos, contestataria al rol periférico que le confería La Paz. Pero El Alto dista de ser homogéneo; algunas zonas antiguas son habitadas por clases medias; los aymaras acaudalados (*qamiris*) han levantado enormes y coloridos edificios en varias avenidas principales (ídem), mientras las periferias recientes y precarias, capaces de expandirse ampliamente, configuran una transición entre lo urbano y lo rural. Los movimientos sociales alteños pueden bloquear el abastecimiento de víveres y combustible a la sede de gobierno como medida de protesta, una fortaleza estratégica que acarrea una historia de enfrentamientos contra el estado: en 2003 las fuerzas represivas del gobierno de Sánchez de Lozada asesinaron a decenas de alteños que protestaban contra la política hidrocarburífera neoliberal (Mamani, 2003); otros murieron resistiendo el golpe de estado derechista de 2019 (Mollericona y Gonzáles, 2022).

Este acercamiento cuantitativo a los monumentos de La Paz y El Alto combina publicaciones de ambas alcaldías (Chávez y Gerl, 2010; Chávez, 2020), actualizadas mediante recorridos urbanos y hemerografía (Figura 2). La Paz posee más monumentos que El Alto, aunque la distancia (150 a 102) no es tan significativa considerando su diferencia de edad. Las dos ciudades concentran monumentos en sus centros: 68 en el macrodistrito Centro

de La Paz, que abarca el casco histórico y Miraflores; y 47 en el Distrito 1 de El Alto, que incluye la Ceja y zonas como Villa Dolores, Santiago I y Ciudad Satélite. Además, las esculturas disminuyen con la lejanía respecto a los centros: en La Paz, los macrodistritos Sur y Cotahuma, principalmente el barrio de Sopocachi, poseen muchas más esculturas que aquellos emplazados en zonas de ladera. En El Alto, las esculturas son más abundantes en distritos antiguos como el 2 al sur (Bolívar, Santiago II, Nuevos Horizontes, El Kenko) y los 6 y 4 al norte (16 de Julio, Ballivián o Alto Lima) que en los distritos aledaños 3, 5 y 8, estando ausentes de los siete distritos más periféricos.



**Figura 2.** Cuantificación de esculturas públicas de La Paz y El Alto en el espacio y tiempo (autoría propia).

Una lectura diacrónica muestra que solo nueve monumentos, todos en el centro paceño, provienen del siglo XIX, mientras que dieciséis se colocan en el centro y sur de La Paz en la primera mitad del siglo XX y otros sesenta y seis se emplazan en la segunda

mitad, mayormente en zonas céntricas. También se emplazan en ese período las primeras diecisiete esculturas en el centro de El Alto, pero solo cinco son obra del municipio paceño, mientras que las restantes corresponden al municipio independiente de El Alto. Finalmente, en lo que va del presente siglo la alcaldía paceña ha levantado cincuenta y nueve esculturas, menos que las ochenta y cinco inauguradas por su contraparte alteña. La cantidad notable de esculturas emplazadas en El Alto en tiempos recientes testimonia una marcada voluntad de diferenciación.

Estos monumentos expresan las memorias que promueven los gobiernos municipales, electos independientemente del gobierno central con el que pueden existir discrepancias políticas. A excepción del año *de facto* de Jeanine Añez (2019-2020), el gobierno central está en poder del Movimiento Al Socialismo (MAS) desde 2006 hasta la actualidad. Durante ese lapso, el alcalde de La Paz fue inicialmente Juan del Granado, del Movimiento Sin Miedo (MSM), descendiente de la antigua izquierda y aliado del MAS, pero 2010 marcó la ruptura entre ambos frentes; en su década como alcalde, Luis Revilla del MSM-Sol.bo, viró a la derecha hasta terminar aliado con Añez. En 2021 asumió un ex ministro de Añez, Iván Arias, con lo que, la alcaldía paceña lleva quince años opuesta al gobierno central e inclinada a la derecha. El Alto estuvo en manos neoliberales entre 2000 y 2010; ese año asumió Edgar Patana, del MAS y en 2015 Soledad Chapetón, del opositor Unidad Nacional (UN). La alcaldesa desde 2021 es Eva Copa, quien había mantenido el equilibrio de poderes representando al MAS en el Senado durante el gobierno de Añez, ante la huida de la cúpula partidaria. Sin embargo, Copa ganó las elecciones municipales con la agrupación ciudadana *Jallalla* tras romper con el MAS; así, hoy El Alto es liderado por una figura asociada con la izquierda y la identidad aimara urbana, pero contestataria al gobierno central.

Para abordar la temática de los monumentos se crearon algunas categorías descriptivas (Figura 3). La más abundante es la de personajes bolivianos, mayoritaria en ambas ciudades, aunque especialmente en La Paz. Le siguen, también en ambas ciudades, las imágenes sagradas. La tercera categoría, los colectivos humanos, es mayoritaria en El Alto. Las otras tres categorías tienen poca importancia cuantitativa: los personajes extranjeros, frecuentemente regalos de embajadas, están más presentes en La Paz; las estatuas de animales son mayoritarias en El Alto; y los objetos aparecen en ambas ciudades.

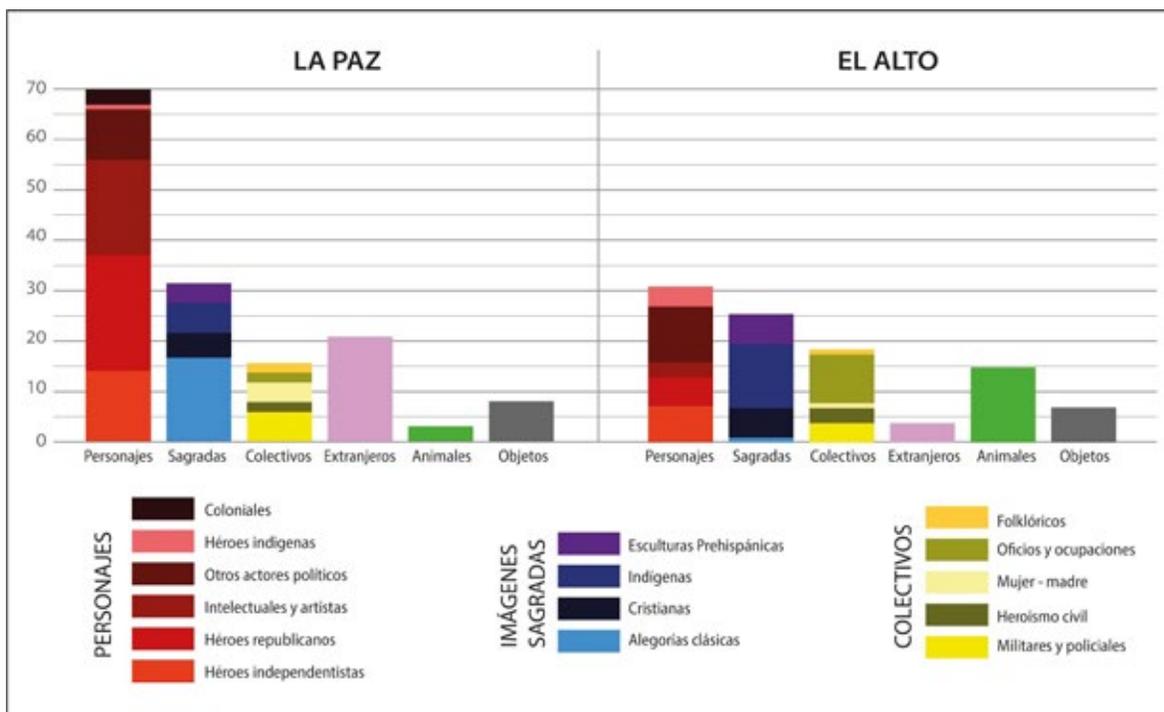


Figura 3. Temáticas de esculturas públicas en La Paz y El Alto (autoría propia).

Vale la pena examinar las categorías mayoritarias, comenzando por los personajes. Los héroes independentistas criollo-mestizos se presentan en ambas ciudades, mientras los héroes republicanos son más abundantes en La Paz. Las figuras de artistas e intelectuales aparecen más en La Paz, mientras los “otros políticos”, enfrentados con el estado republicano, predominan en El Alto, con preponderancia de líderes sindicales. Las dos subcategorías restantes, aunque minoritarias, reflejan divergencias en la memoria que promueven ambas ciudades: héroes indígenas levantados contra la colonia española en el siglo XVIII como Túpac Amaru, Bartolina Sisa y Túpac Katari<sup>1</sup> figuran solo en El Alto, mientras figuras de la colonización como el conquistador Alonso de Mendoza, la reina Isabel la Católica y Cristóbal Colón se monumentalizan solamente en La Paz. El panteón heroico femenino es algo distinto en cada ciudad: Juana Azurduy de Padilla, la heroína independentista, está en ambas; La Paz tiene a otra heroína de la independencia, Vicenta Juaristi Eguino, y a artistas como la poetisa Yolanda Bedregal, la escultora Marina Núñez o la actriz Agar Delós. El Alto, en cambio, presenta, además de Bartolina Sisa, a Domitila Barrios de Chungara, la mujer minera cuya huelga de hambre terminó venciendo a la dictadura de Banzer en 1978.

1 En 1781, Un año después de la rebelión de Túpac Amaru en el actual Perú, los aymaras Julián Apaza (Túpac Katari) y Bartolina Sisa encabezaron un levantamiento cuyo episodio más conocido fue un cerco a la ciudad de La Paz. Finalmente, el movimiento fue vencido por las tropas españolas, y Katari y Sisa fueron ejecutados.

La categoría sacra se divide en: alegorías clásicas, casi exclusivas del centro paceño, que proceden del siglo XIX; imágenes cristianas, sobre todo cristos y vírgenes, distribuidas entre ambas ciudades; imágenes espirituales andinas, mucho más frecuentes en El Alto, destacando la *chakana* o cruz escalonada; y réplicas de esculturas prehispánicas, minoritarias pero distribuidas entre ambas ciudades.

En cuanto a las imágenes de colectivos, las agrupaciones militares son mayoritarias en ambas ciudades, aunque más fuertemente en La Paz, mientras los homenajes a oficios como mineros, fabriles, ferroviarios, campesinos y otros predominan en El Alto. La imagen femenina colectiva aparece en ambas ciudades, pero con diferencias: en La Paz tiende al sentido idealizado de belleza y al rol de madre, mientras en El Alto aparece la mujer trabajadora, especialmente la minera o *palliri*. Otra faceta de la monumentalización de la mujer se vincula al heroísmo civil: la estatua de las heroínas paceñas está dedicada a esposas de los próceres de la rebelión independentista de 1809 (CMLP, 2019), mientras en El Alto la mujer de pollera, indígena urbana o chola se asocia con monumentos que denuncian episodios recientes de violencia estatal.

Entonces, La Paz tiende a glorificar el pasado del estado criollo-mestizo, a través de un panteón de héroes y heroínas independentistas y republicanos, principalmente político-militares, pero también intelectuales y artísticos. El mundo indígena contemporáneo está marcadamente ausente, apareciendo solo el pasado indígena remoto, mientras el lugar de la mujer tiende a asumir los roles convencionales de la matriz patriarcal. El Alto monumentaliza memorias de confrontación con el estado criollo-mestizo: adquieren fuerza los líderes sindicales, colectivos trabajadores y emblemas cosmopolíticos andinos. El mundo indígena se presenta en imágenes de rebeldes ejecutados por el imperio español y por la república neoliberal, mientras la imagen femenina toma la forma de mujeres trabajadoras, levantadas en protesta y sujetas a represión.

### Arqueólogos y “chakanas”: lo prehispánico en la post-nación

Tanto en La Paz como en El Alto, las esculturas de temática prehispánica tienden a concentrarse en “parques” arqueológicos. Ambas ciudades presentan réplicas de estelas antropomorfas del sitio de Tiwanaku, situado en la cercana cuenca del Lago Titicaca. Dichas réplicas presentan intactas y protuberantes narices, una característica sutil que las distingue de sus originales, mutilados probablemente durante las extirpaciones de idolatrías coloniales. Así, refieren a un Tiwanaku emplazado en el pasado remoto.

El parque arqueológico paceño se encuentra en Miraflores, zona urbanizada entre los años ‘30 y ‘50 del siglo XX, cuando el indigenismo y nacionalismo encontraron en Tiwanaku la fuente pretérita de la bolivianidad (Wahren, 2016). Su historia se vincula al hallazgo de una estela lítica por la misión del Museo de Historia Natural de Nueva York encabezada por Wendell Bennett en 1932. Asimismo, a la autoridad local en arqueo-

logía, el austrohúngaro Arthur Posnansky, quien promovió que el “Monolito Bennett” se emplazara en La Paz con fines educativos. Dicho proyecto, apoyado por el presidente Salamanca, perseguía inflamar los sentimientos nacionales en plena escalada bélica del Chaco (Loza, 2008). Sin embargo, el monolito no armonizó con el afrancesado paseo de El Prado, cuyos vecinos denunciaron la fealdad y arcaísmo de la estatua.

La solución llegó en 1943 en el gobierno nacionalista de Gualberto Villarroel: en Miraflores se construyó la Plaza del Hombre Americano, una réplica del Templo Semisubterráneo de Tiwanaku que armonizaba con el estadio de fútbol neo-tiwanakota diseñado por Emilio Villanueva en 1930, y donde pasaron a residir el Bennett como pieza central y otras esculturas tiwanakotas. El estadio fue demolido en 1974 y las piezas arqueológicas retornaron a Tiwanaku en 2002, pero la plaza se mantuvo albergando una réplica del Bennett; para entonces se había convertido en una rotonda por donde discurría el intenso tráfico miraflorentino.

Precisamente el tráfico motivó una severa remodelación en 2021: mediante la construcción de un viaducto automotriz subterráneo, la rotonda se convirtió en una explanada peatonal. El espacio ganado permitió incluir más réplicas prehispánicas e información, convirtiendo a la plaza en un museo arqueológico al aire libre (Figura 4). Pero la principal innovación de esta plaza es una escultura de bronce que reproduce a Bennett y Posnansky (Sánchez, 2024), inspirada en una fotografía de 1933. Protegidos por botas de terreno y largas gabardinas, los próceres arqueológicos debaten irreconciliables. Bennett, formado en el paradigma de la historia cultural (Flores, 2015) y el primer estadounidense autorizado a excavar en Tiwanaku, representa la primera avanzada neocolonialista del país del norte sobre los Andes bolivianos; en cuanto a Posnansky, conectado con las academias alemanas, su autoctonismo racista (Posnansky, 1943) bebía directa, aunque disimuladamente, de los conceptos y métodos del nazi Hans Günther. La tensión entre ambos recuerda la situación geopolítica próxima a la segunda guerra mundial, cuando las potencias en confrontación intentaban comprar, mediante asistencia internacional, a una Bolivia tan rica en minerales cruciales como precaria económicamente. El tercer personaje del conjunto es un teodolito, que apuntando hacia el monolito inserta a los antiguos Andes en la historia científica global.



**Figura 4.** La Plaza del Hombre Americano en Miraflores, La Paz (febrero de 2024) (autoría propia).

En El Alto lo prehispánico ocupa un lugar más central. La ciudad no posee una plaza de trazado hispano, sino barrios creados en relación con vías que, inicialmente, discurrían por zonas distantes. La autopista vehicular entre La Paz y El Alto, inaugurada en 1977, implicó una transformación severa: se generó una vía única que, llegando a la Ceja, distribuye el flujo vehicular hacia todas direcciones. La Ceja pasó a concentrar edificios emblemáticos como la Alcaldía y la sede de la Federación de Juntas Vecinales (FEJUVE). Su posición estratégica la hizo escenario de concentraciones y eventos violentos en 2003, razón por la que el gobierno de Morales emplazó en esta zona un controversial monumento al “Che” Guevara en 2008.

El cercano parque arqueológico de El Alto es un itinerario formado por varias intervenciones contiguas (Figura 5). El primer elemento es un mural pintado por Omar Huarita en 2014 homenajeando a las víctimas de 2003 (Medrano, 2014); la obra simboliza el pillaje de los recursos naturales bolivianos por las fuerzas neoliberales, y retrata la resistencia del pueblo alteño, cuya identidad aymara está definida por la vestimenta, las banderas multicolores (*wiphalas*) y los ancestros o *achachilas* de la cordillera. En 2023 la obra fue restaurada por David Villegas, quien añadió un marco que imita los sillares de Tiwanaku; pequeñas esculturas pintadas otorgan un cimiento prehispánico a la rebeldía de 2003. En una plaza contigua, el mismo artista emplazó pequeñas réplicas prehispánicas de un monolito, un hombre-felino o *chachapuma*, una escultura repatriada de Suiza conocida como la “*Illa del Ekeko*” y una torre funeraria o *chullpa*, junto con bustos de Tupac

Katari y Bartolina Sisa. Así, los referentes prehispánicos se asocian también con la rebelión indígena de 1780, que implicó sitiar la ciudad española de La Paz bloqueando el acceso de alimentos provenientes del altiplano.



**Figura 5.** Itinerario cercano a la Plaza del Niño Indígena en la Ceja de El Alto (febrero de 2024) (autoría propia).

El elemento más reciente (GAMEA, 2023), se emplazó en la Plaza del Niño Indígena, un triángulo inmerso en un febril tránsito de vehículos, puestos de comercio informal y peatones que albergaba ya la estatua de un joven con atuendo aymara rural, sosteniendo

una oveja. Al lado de esta estatua se emplazó, sobre una plataforma en forma de *chakana*, una réplica del monolito Ponce, excavado por el proyecto nacionalista liderado por Carlos Ponce Sanginés en Tiwanaku en 1967. Junto al monolito, otra *chakana* de los colores de la *wiphala* subraya la aymaridad del ensamblaje.

Tiwanaku se posicionó como emblema de la nación boliviana entre los años 30 y 70 (Loza, 2008; Wahren, 2016), pero su estatus fue fortalecido por el Estado Plurinacional en tiempos multiculturales. Claros ejemplos son las performances de poder en las posesiones indígenas de los presidentes Morales y Arce en Tiwanaku y su impronta en la iconografía de los nuevos edificios del ejecutivo y el legislativo. Como se explicó líneas arriba, los gobiernos de La Paz y El Alto son contestatarios al MAS, aunque en veredas políticas opuestas, lo que se traduce en tratamientos distintos de sus parques arqueológicos. En La Paz los fantasmas nacionalistas de Tiwanaku se exorcizan glorificando a los héroes de la historia neocolonial: los arqueólogos. La Plaza del Hombre Americano representa el pasado de las representaciones del pasado, homenajear la cosificación del antiguo mundo indígena, su desconexión de las poblaciones indígenas contemporáneas y su inserción en la historia universal mediante la ciencia moderna. En El Alto, la Plaza del Niño Aymara y su entorno reivindican a Tiwanaku como un referente ancestral de la población aymara, y una raíz de donde brotan los episodios de rebeldía indígena contra el estado de 1780 y 2003, posiblemente alineada también con la historia de fuerzas políticas indianistas/kataristas, contestatarias al nacionalismo boliviano, como el Partido Indio de Aymaras y Keswas en 1962 (Portugal y Macusaya 2016, p.110). Los ensambles arquitectónicos son distintos: las réplicas prehispánicas de La Paz están abstraídas del ruido urbano, en un tiempo fuera del tiempo desde donde contemplar un pasado cosificado. Las de El Alto acompañan el movimiento constante de la Ceja y conviven con la memoria espacial del conflicto. Retomando a Nora, la plaza alteña actúa como un lugar de memoria, en tanto la pazeña ha sido doblemente “barrida por la historia”.

### Iconoclasias: intervenciones feministas y anticoloniales contra la blanquitud

La Paz posee un espacio que refleja el sueño modernista de viejas élites. La Avenida 16 de Julio, también llamada “*El Prado*” es una ancha vía de cinco cuadras de largo inaugurada en 1817 con el nombre de “*La Alameda*”. Considerada “la mejor avenida del país” (Crespo, 1902, p.180), esta imitación de la *Rue de Boulogne* tenía arboledas, un lago artificial y un zoológico, flanqueados por chalets “versallescós” (Velasco, 2014). Imágenes y descripciones tempranas la retratan como un paseo para caballeros con sombrero de copa y damas a la francesa, donde agentes de seguridad vigilaban que ningún indígena tuviera pisada. A inicios del siglo XX El Prado se abrió a toda la población, pero incorporó nuevas formas de segregación basadas en el control de los cuerpos, normando vestimenta, higiene y ac-

tividades (Guevara, 2017). Las mismas afectaron especialmente a la población indígena, a la que se pretendía homogeneizar bajo un ideal de blanquitud. Este aspecto se reforzó con la inauguración del tranvía urbano en 1909, una de cuyas rutas atravesaba El Prado y continuaba, en dirección sudeste, pasando por Sopocachi, la nueva zona de élite. El camino rural hacia el sur fue reemplazado por la moderna avenida Arce, una continuación de El Prado por donde se extendieron nuevos *chalets* rematando en la plaza del Ovalo. Velasco (2022) emplea el concepto de “geometrías de poder” para explicar cómo la normativa del transporte urbano segregaba en base a rasgos fenotípicos, vestimenta y otros.

La Alameda también era un panteón patrio, con bustos de héroes republicanos como Antonio José de Sucre, José Ballivián o Eduardo Avaroa (Crespo, 1902)<sup>2</sup>, mediante los cuales la modernidad y blanquitud se asimilaban con la nacionalidad, atributo también negado a la población indígena. Este carácter se reforzó en los años 20, al celebrarse el centenario de la república. El gobierno de Saavedra rediseñó El Prado, talando las arboledas para dar visibilidad a nuevos monumentos: en plazoletas ubicadas a sus dos extremos, El Prado pasó a incorporar grandes estatuas ecuestres de bronce de Bolívar y Sucre. Luego el gobierno de Siles autorizó el emplazamiento de dos homenajes a personajes coloniales. En el centro de El Prado se levantó en 1926 la estatua de mármol de Colón, obra de Giuseppe Graciosa obsequiada por la colectividad italiana (Chávez y Gerl 2010), y que, por su altura, blancura y posición central, se convirtió en el punto focal de la avenida. La Plaza del Ovalo fue rebautizada como Isabel la Católica en 1928, cuando se emplazó ahí la escultura de mármol de la reina, trabajada por Jaume Otero y obsequiada por la comunidad española.

Casi un siglo después, en El Prado, enormes edificios de oficinas reemplazan a los chalets afrancesados; el colorido abigarrado y luminoso de los comercios apabulla cualquier blancura; el olor del pollo frito, la música de las tiendas, los bocinazos y humo de escape de cientos de minibuses abarrotados que, desde los 50, reemplazaron al tranvía, y el vocerío de multitudes atravesando la arteria paceña más céntrica, marcan un panorama radicalmente diferente al de la vieja Alameda. Aunque pese a algunos nostálgicos (Velasco, 2014), El Prado ha perdido su carácter racista y violento. Lo mismo sucede en la plaza Isabel, punto crítico del tráfico entre Miraflores y Sopocachi desde la construcción de un puente entre ambas mesetas en los 90 y delante de la cual se levantó un enorme *shopping mall* en 2018. Sin embargo, el trazado urbano permanece intacto, al igual que Bolívar y Sucre, Colón e Isabel. Así, el estado continúa otorgando, diría Rufer (2018), certificado de autenticidad a estas reliquias pasadas, aun cuando, retomando a Young (1992), su duración en nuevos contextos las haga caer en el arcaísmo y el ridículo.

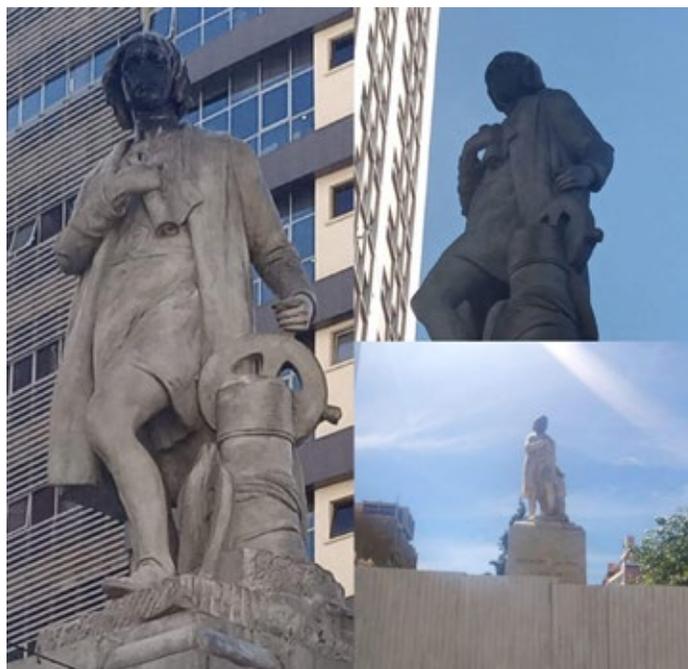
De ahí la iconoclasia. Colón es la estatua más controvertida del país, objeto de numerosos ataques de parte de diferentes colectivos en años recientes. En dos ocasiones

---

<sup>2</sup> Sucre, lugarteniente de Simón Bolívar, dirigió la definitiva batalla de Ayacucho y fue el segundo presidente de Bolivia (1826-1828). Ballivián encabezó a las tropas bolivianas en la victoria de Ingavi de 1841, en el marco de la guerra contra el Perú. Eduardo Avaroa Hidalgo encabezó la resistencia boliviana en Calama frente a la invasión chilena en la Guerra del Pacífico (1879-1884).

recientes (octubre de 2020 y marzo de 2021), colectivos feministas realizaron performances a los pies de la estatua, le vertieron pintura roja y pintaron símbolos andinos, alusiones a la muerte y mensajes antirracistas y feministas con grafiti y estencil (Claros, 2023). La intervención más reciente (agosto de 2021) tuvo por protagonista central a Santiago Samka Mamani, un joven estudiante de arquitectura aymara, líder de la comunidad de Ñuñumayani, quien vestido con atuendo indígena trepó sobre la estatua de Colón, le ató una sogá al cuello, le mutiló la nariz y le pintó el rostro de negro con aerosol (ERBOL, 2021) (Figura 6).

**Figura 6.** Estatua de Cristóbal Colón en El Prado, La Paz (febrero de 2024) (autoría propia).



El movimiento iconoclasta de octubre del 2020 se atrevió a perturbar también a la reina blanca, Isabel la Católica. La intervención, organizada por el colectivo feminista Mujeres Creando que encabeza la activista María Galindo, fue liderada por Yolanda Mamani, Emiliana Quispe y Dominga Mamani, tres mujeres de pollera. Esta acción buscó transformar a la reina en una chola vistiéndola con pollera colorida, manta, sombrero y atado diseñados especialmente para el acto. Como explica Galindo (Radio Deseo, 2020), la intervención buscaba denunciar el racismo estructural del estado, en un país donde a la chola se le marcan límites dentro de la sociedad que habita, diciéndole hasta dónde puede llegar y llenándola de adjetivos peyorativos. La intervención rebautizó la plaza cambiando el nombre de la reina por el de “Plaza de la Chola Globalizada” (Figura 7), que según Dominga Mamani refiere al rol protagónico de estas personas, no solo como madres y mujeres, sino como motor económico del país en el plano nacional e internacional (Radio Deseo, 2020).



**Figura 7.** Estatua de Isabel la Católica en Sopocachi, La Paz (febrero de 2024) (autoría propia).

Para el colectivo *Mujeres Creando* los monumentos son el relato del poder sobre el espacio público, por lo que la iconoclasia busca sacar al ídolo de donde esté e interpelar su relato (Galindo, 2023). Javier Claros (2023) propone que la estrategia de desmonumentalización de estas intervenciones es la saturación, definida durante las protestas sociales en Chile (Alvarado y Quezada, 2021). Hay algo del travestismo y barroquismo propios de la saturación en algunas intervenciones iconoclastas paceñas: esténciles, grafitis, autoadhesivos anulan la blanquitud del monumento nivelándolo

con su contexto actual, sensorialmente saturado, devolviéndolo al flujo cotidiano. Sin embargo, la *Plaza de la Chola Globalizada* es más que saturación: transforma deliberadamente a una figura por su opuesto revirtiendo su sentido, efectuando un reemplazo efímero. Esta forma de desmonumentalización cuestiona el sentido hegemónico del monumento y, simultáneamente, lo emplea como plataforma. Mujeres Creando produce una valiosa lectura complementaria de la “blanquitud” del monumento, no solo como una imposición de ideales blancos sino como vacío: los monumentos son “lienzos en blanco” donde presentar las denuncias (Galindo, 2023).

Por otro lado, el ataque anticolonialista a Colón escapa a la clasificación previa (2021): no es derribo, reemplazo, ni saturación sino revancha, “ley del tali3n”: la blanquitud ennegrecida, el indígena que exorciza al ídolo republicano-colonial cortándole la nariz. Sin embargo, como afirma Samka Mamani, el cuestionamiento se dirige a la presencia continua de un “símbolo de muerte” en La Paz (Corz, 2022) con aquiescencia del estado. En este caso el Estado encarna en un municipio paceño erigido en paladín patrimonialista; el alcalde Arias descalificando agresivamente y criminalizando la acción de protesta mediante una querrela por daños al patrimonio cultural, desatando un debate sobre las competencias de la justicia ordinaria y la justicia comunitaria con la que el activista pide ser juzgado (Rusca, 2022).

### Rememorar la masacre: pérdida, denuncia, resistencia

En los meses finales del 2019 Bolivia estaba sumida en la incertidumbre y el descontento. Una marcha de protesta contra el gobierno de Añez, fue escenario de un momento que medios de comunicación y redes sociales hicieron viral: un niño de trece años alentó a los marchistas gritando efusivamente “*jallalla*<sup>3</sup> las mujeres de pollera”, entre aplausos y gestos de aprobación (Bolivia Videos, 2019). ¿Qué inspiró tal arenga en este niño? Posiblemente el contexto, con una presidenta opuesta a la estética de la mujer de pollera; declaraciones de odio y racismo que renacían desde segmentos sociales que exigían el retorno a la República, ahí cuando indígenas y cholos eran despreciados; la quema de la *wiphala*; los anuncios a viva voz de que la *Pachamama* nunca más entraría al palacio de gobierno; pero sobre todo las imágenes que mostraban al grupo neofascista cochabambino “*Resistencia Juvenil Cochala*” agrediendo a dos mujeres de pollera. Reflejando un estado social convulso, este niño alentaba a recordar el respeto debido a estas fundamentales mujeres. Este hecho viral parece compartir contexto con la iconoclasia paceña de octubre de 2020, que en palabras de Yolanda Mamani buscaba interpelar a una sociedad que idealiza la blancura de Isabel mientras juzga y limita a la chola (Radio Deseo, 2020).

---

3 Viva, en aymara.



**Figura 8.** Monumento a las Heroínas de Octubre en Plaza Ballivián, El Alto (febrero de 2024) (autoría propia).

El lugar de la arenga no es casual: las inmediaciones de la Plaza Ballivián, donde en 2009 la alcaldía instaló el monumento a las Heroínas de Octubre, recordando a los 67 alteños asesinados por el ejército en 2003 (Medrano, 2009) (Figura 8). El monumento metálico presenta una chola que agita una *wiphala* con fuerza y valor, gritando con vehemencia, mientras a su espalda un niño pequeño busca sujetarse de sus polleras. Ambas figuras se encuentran en un pedestal que flota sobre un globo terráqueo: ¿es este un antecedente de la chola presente en el mundo, es decir, una chola globalizada? La ubicación del monumento es significativa: la población de Villa Ballivián y otros barrios del norte alteño fue masacrada por el ejército boliviano en aquel octubre de 2003. Es posible que la memoria de estos hechos haya tenido su rol, también, en la marcha de 2019; una memoria de la masacre reciente que, trágicamente, fue actualizada por nuevos hechos de sangre pocos días después, cuando las fuerzas armadas del gobierno de Añez dispararon, desde un helicóptero, contra un movimiento de protesta en la zona de Senkata —al sur de la ciudad— asesinando a otras once personas.

El ciclo de protesta, muerte y monumentalización se repite: el municipio ha inaugurado, a finales de 2021, un nuevo monumento en la *Plaza de los Héroes de Senkata* (Red UNO, 2021) (Figura 9), que amplifica la narrativa de la Plaza Ballivián. Es un conjunto de cinco figuras que exhiben fuerza y resistencia, destacando al centro una mujer de pollera que carga un bebé en las espaldas y levanta la cabeza desafiante. Esta vez es otro niño detrás de ella, que podría bien ser una versión crecida del niño de la Plaza Ballivián, el que sostiene una gran *wiphala*. Otra mujer, de rodillas, es una piedad llorando a un muerto o

herido. Estas poderosas imágenes posicionan a la chola como un actor clave a pesar de que las víctimas mortales del conflicto son hombres; el monumento a los *Héroes de Senkata* denuncia la masacre y expresa dolor, pero tal como en la Plaza Ballivián, homenajea la resistencia continúa de El Alto encarnado en sus fuertes mujeres. La idea ha empezado a plasmarse también en la avenida Entre Ríos, en la ladera Oeste de La Paz, donde un grafiti recrea otra imagen viral de la represión de 2019: “Juana Machaca, mujer de pollera, agitando su bandera entre una nube de gas lacrimógeno” (Arce, 2023, p.47).



**Figura 9.** Monumento a los Héroes de Senkata en la plaza homónima, El Alto (febrero de 2024) (autoría propia).

La acción de homenajear a los muertos y víctimas mediante monumentos es controvertida. Por un lado, se puede percibir como una forma de mantener viva una memoria y acompañar las demandas de reparación (Mora, 2013), algo que sucede en El Alto, donde los familiares de las víctimas fueron partícipes activos, por ejemplo, de la inauguración del monumento de Senkata. Por otro, el monumento otorgaría un carácter definitivo que entra en conflicto con una historia viva (Schindel, 2009); sin embargo, retomando a Young, si bien el monumento permanece fijo, el sentido no necesariamente. Otro problema de monumentalizar la memoria sería que evita a la sociedad la obligación de recordar (Nora, 1989). Actualmente, con las heridas de las masacres alteñas abiertas y frescas en muchas personas incluso jóvenes, esto no parece un problema. Sin embargo, eso podría cambiar conforme los monumentos envejecen; en ese momento, quizá las propuestas de contramonumentalización, que rechazan lo figurativo y juegan con el vacío y lo negativo para llamar la atención sobre la ausencia y provocar la memoria del espectador (Andruchow y Dubois, 2022) resulten más efectivas.

Sin embargo, la contramonumentalización no es la única manera de denunciar la pérdida. Los monumentos alteños se alinean con aquello que Rufer denomina el “contrarrelato de la resistencia” (2018, p.161), y que consiste en una exhibición del exceso de poder y la violencia, en tiempos yuxtapuestos que narran una continuidad, o el dolor y la pérdida como constante histórica. La Plaza de los Héroes de Senkata retrata la resistencia que brota de la muerte y el duelo. Tanto el pedestal de la escultura como el entorno muralístico denuncian la muerte a manos de un helicóptero militar y la agresión a la *wiphala*, pero rezan claramente: “*Senkata no olvida*”. La consigna adquiere sentido considerando que la monumentalización de la anterior masacre —la de la Plaza Ballivián— no impidió que el estado republicano-neoliberal masacrara nuevamente al pueblo alteño. La chola alteña se ensambla con lo prehispánico, la cosmovisión andina y la rebeldía para formar un relato de pérdida constante y resistencia obstinada.

## Reflexiones finales

Este recorrido sugiere que, en lo referente a las memorias del espacio público, La Paz y El Alto se ubican en polos opuestos de la tensión entre nacionalidad/colonialidad e indigenidad. Donde La Paz identifica lo prehispánico con la historia científica global, El Alto lo identifica con la memoria profunda de la rebeldía indígena. Si en La Paz el ideal de blanquitud perpetuado por la retórica estatal motiva la iconoclasia feminista y anticolonial, en El Alto los enfrentamientos con un estado violento producen monumentos de denuncia y homenaje a una rebeldía persistente con rostro de mujer indígena. La iconoclasia y la monumentalización de la pérdida se anclan a espacios, a trazados urbanos cuyas historias materializan violencias, sea como control de los cuerpos en El Prado republicano o como masacre reciente de la protesta civil en El Alto. Así, los espacios como agentes

duraderos de disciplinamiento de los cuerpos son fundamentales para la imposición de memorias hegemónicas; por tanto, deberían ser estudiados sistemáticamente dentro de esos ensamblajes simétricos de monumentalización que propone Londoño (2022).

Por otro lado, el Estado no es siempre monolítico y coherente; en este caso, las competencias de los diferentes actores estatales, frecuentemente enfrentados y sujetos a vaivenes políticos, complejizan el panorama. Aun así, es necesario apuntar que la radicalidad de segmentos contestatarios de la sociedad civil puede ser instrumentalizada o neutralizada a través de la monumentalización. El peligro reside en que el estado, al reconocer mediante el simbolismo del patrimonio a los “otros internos”, extienda su soberanía produciendo una forma controlada de otredad (Kaltmeier y Rufer, 2017), o promoviendo la diversidad para despolitizar la diferencia (Gnecco, 2015). La monumentalización de las víctimas de represión se refleja en su ascenso al panteón de héroes del estado boliviano; en el caso de la última masacre de El Alto, como defensores de la democracia (Prensa Latina, 2020). La pregunta no es si las víctimas requieren o no homenaje y resarcimiento, sino si estas acciones estatales no buscan conjurar el poder de rebelión de amplios segmentos de la población alteña sin atender las condiciones estructurales que la mantienen en una situación precaria, subalterna y vulnerable ante brotes de violencia estatal.

Este peligro se extiende a los referentes que vinculan la rebeldía de El Alto con raíces prehispánicas y caudillos indígenas del siglo XVIII. La asociación con Túpac Katari y Bartolina Sisa es preocupante porque estas figuras ya integran el panteón del heroísmo estatal (Nicolas y Quisbert, 2014). Varias expresiones iconográficas del poder estatal como la numismática o los lienzos que acompañan desfiles y asambleas legislativas muestran que el estado plurinacional no ha cuestionado a las figuras heroicas republicanas, limitándose a ampliar el panteón para incluir diversidades: así, junto a Bolívar, Sucre, Santa Cruz o Ballivián hoy figuran Katari y Sisa, Zárate Willka, Pedro Ignacio Muiba, Apaiguaiqui Tumpa o Bruno Racua, muchos de los cuales estuvieron, de hecho, confrontados con el estado boliviano<sup>4</sup>. ¿Puede Tiwanaku, recientemente reapropiado como herencia aymara por El Alto, retornar al cauce del simbolismo nacional del estado central, neutralizando su capacidad de plantear memorias profundas de diferencia? La posibilidad suena a esas “reediciones horribles de pulsaciones nacionales” que pueden aparecer en las versiones pluriculturales de la nación (Kaltmeier y Rufer, 2017, p.6).

Esta ampliación de otredad también puede ramificarse al fenómeno de la iconoclasia. Un aspecto cuestionado de la intervención de Samka Mamani sobre Colón es su instrumentalización por el gobierno central, concretamente por el vicepresidente Choquehuanca, en sus conflictos políticos con el municipio paceño (ANF, 2022). Otra voz de

---

4 Zárate fue un cacique que dirigió a las tropas aymaras aliadas con el ejército paceño contra el gobierno boliviano en la guerra federal (1898-1899). Muiba fue un cacique mojeño que lideró un levantamiento contra el régimen colonial en la ciudad amazónica de Trinidad, en 1810. Tumpa, líder de origen tapiete, encabezó un levantamiento guaraní contra el estado boliviano en la región del Chaco, en 1892. Racua, explorador tacana, fue reconocido por sus acciones heroicas en la guerra del Acre (1899-1903) que enfrentó a Bolivia con el Brasil.

apoyo al activista provino de Sabina Orellana, Ministra de Culturas, quien propuso que Colón sea removido y reemplazado por líderes indígenas (FM Bolivia, 2021). Un reemplazo no resolvería la problemática denunciada de racismo del estado y la sociedad boliviana, sino que desactivaría la capacidad de protesta añadiendo otro símbolo al panteón, dejando intacto el lugar de enunciación del estado, y despojando a los colectivos sociales de un “lienzo blanco” para la denuncia.

Por ahora esto no ha sucedido y colectivos iconoclastas como *Mujeres Creando* se muestran irreductibles. La ingenua alcaldía paceña intenta proteger a Colón e Isabel con unas vallas de calamina, es decir, con lienzos perfectos para la protesta en forma de grafitis: a un lado de Isabel, la inscripción “*Ni la tierra ni las mujeres somos territorios de conquista*” deja claros los vínculos entre patriarcalismo y colonización que el colectivo ha denunciado en reiteradas ocasiones (Galindo, 2013). El rótulo de la Plaza de la Chola Globalizada es tachado por un cándido colectivo reaccionario que la rebautiza como “*Plaza de la Hispanidad*”, rótulo tachado a su vez materializando las tensiones entre indigenidad y nacionalidad/colonialidad en una sociedad polarizada. En Colón, se protesta por la violencia policial contra las trabajadoras sexuales en inmediaciones de El Prado, recordándonos que el disciplinamiento estatal de los cuerpos, después de todo, no es cosa del pasado.

Sin embargo, Colón tiene miedo: el navegante que, dicen algunos, amplió los confines del mundo, habita un cuadradito de cinco metros de lado, que no oculta su rostro ennegrecido y mutilado: monumento a la protesta, memoria del reclamo y enunciación radical de la diferencia. Más aún, si el espacio virtual puede considerarse un espacio público, estas acciones iconoclastas han producido verdaderos monumentos digitales: las imágenes que retratan desde todos los ángulos posibles a la reina vestida de chola y al indio desnarizando al descubridor forman archivos indelebles de la contramemoria.

---

## Referencias bibliográficas

- Abercrombie, Thomas (2006 [1998]). *Caminos de la Memoria y el Poder. Etnografía e historia en una comunidad andina*. IFEA/IEB/ASDI-SAREC.
- Alvarado, Claudio, y Quezada, Ivette (2021). Derribar, substituir y saturar. Monumentos, blanquitud y descolonización. *Corpus* [En línea] 11(1). <https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.4560>
- Andruchow, Marcela, y Dubois, Pamela (2022). Los otros monumentos. Un intento contemporáneo de resistir al olvido. *Aletheia* [En línea] 13(35), e37. <https://doi.org/10.24215/18533701e137>
- Arce, Bianca (2023). *Juana Machaca: mujer valiente y defensora de la Patria. Su pollera, su escudo*. Ministerio de Trabajo.
- Arnold, Denise (2023). Weaving as writing. A serious omission in the Bolivian Educational Reform of 1994. *Cultura & psyché: Journal of Cultural Psychology* 4, 47-65. <https://doi.org/10.1007/s43638-023-00066-2>

- Chávez, Randy, y Gerl, Carlos (2010). *Patrimonio escultórico público de la ciudad de La Paz*. Gobierno Autónomo Municipal.
- Chávez, Randy (2020). *Registro del patrimonio escultórico público del Municipio de El Alto como estrategia para generar datos cuantificables y determinar sus características*. UPEA.
- Claros, Javier (2023). Interviniendo y desafiando memorias. La intervención a monumentos en clave feminista. *Journal de Comunicación Social* 11(16), 131-155. <https://doi.org/10.35319/jcomsoc.2023161285/>
- Crespo, Luis (1902). *Monografía de la ciudad de La Paz de Ayacucho*. Taller Tipográfico y Litográfico Ayacucho.
- Flores, Luis (2015). Tras los pasos de Wendell C. Bennett en la cuenca del Titicaca. *Arqueología y Sociedad* 29, 147-166. <https://doi.org/10.15381/arqueolsoc.2015n29.e12231>
- Galindo, María (2013). *No se puede descolonizar sin despatriarcalizar. Teoría y propuesta de la despatriarcalización*. Mujeres Creando. <http://naturalezacienciaysociedad.org/wp-content/uploads/sites/3/2016/02/Maria-Galindo-No-se-puede-descolonizar-sin-despatriarcalizar-Teoria-y-propuesta-de-la-despatriarcalizacion.pdf>
- Gnecco, Cristóbal (2015). Heritage in Multicultural Times. En Emma Watterton y Watson (Eds.), *The Palgrave Handbook of Contemporary Heritage Research*, (pp. 263-280). Palgrave Macmillan.
- Guevara, Nadia (2017). La incorporación de lo indígena en el espacio urbano paceño a principios del siglo XX. *Territorios* 36, 69-86. <http://dx.doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/territorios/a.5093>
- Hilari, Samuel (2022). *Otros futuros. Análisis y especulaciones sobre la construcción de ciudad en El Alto - Bolivia*. MARQ - Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Jofré, Ivana Carina, y Gnecco, Cristóbal (2022). Introducción: sobre patrimonio, despojo y violencia. En *Políticas patrimoniales y procesos de despojo y violencia en Latinoamérica* (pp. 9-19). Editorial UNICEN.
- Kaltmeier, Olaf, y Rufer, Mario (2017). Introduction. The uses of heritage and the postcolonial condition in Latin America. En *Entangled heritages. Postcolonial perspectives on the uses of the past in Latin America* (pp. 14-28). Routledge.
- Klein, Herbert (1982). *Historia de Bolivia*, 3ª edición. Juventud.
- Londoño, Wilhelm (2022). Transición de los paisajes de la nacionalidad blanca a la sociedad intercultural: un análisis de los monumentos derribados de algunos conquistadores por parte de movimientos sociales indígenas. *Tabula Rasa* 44, 23-40. <https://doi.org/10.25058/20112742.n44.02>
- Loza, Carmen Beatriz (2008). Una “fiera de piedra” Tiwanaku, fallido símbolo de la nación boliviana. *Estudios Atacameños* 36, 93-115. <https://www.scielo.cl/pdf/eatacam/n36/art06.pdf>
- Mamani, Pablo (2003). El rugir de las multitudes: levantamiento de la ciudad aymara de El Alto y caída del gobierno de Sánchez de Lozada. *OSAL* 12, 15-26. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/osal/20110225105916/2d1mamani.pdf>
- Mollericona, Danny, y Gonzales, Lucio (2022). Senkata y Sacaba: el trauma colectivo en un escenario polarizado. *Temas Sociales* 51, 183-202. <https://doi.org/10.53287/tmf3223uh750>

- Mora, Yaneth (2013). Lugares de memoria. Entre la tensión, la participación y la reflexión. *Panorama* 7(13), 97-109. <https://www.redalyc.org/pdf/3439/343929225005.pdf>
- Nicolas, Vincent, y Quisbert, Pablo (2014). *Pachakuti: el retorno de la nación. Estudio comparativo del imaginario de nación de la Revolución Nacional y del Estado Plurinacional*. PIEB.
- Nora, Pierre (1989). Between memory and history: Les Liéux de Mémoire. *Representations* 26, 7-24. <https://doi.org/10.2307/2928520>
- Portugal, Pedro, y MacusayA, Carlos (2016). *El indianismo katarista. Una mirada crítica*. Fundación Friedrich Ebert.
- Posnansky, Arthur (1943). *¿Qué es raza?* Instituto “Tiahuanacu” de Antropología, Etnografía y Prehistoria.
- Rufer, Mario (2018). La memoria como profanación y como pérdida: comunidad, patrimonio y museos en contextos poscoloniales. *A contracorriente* 15(2), 149-166. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6303754>
- Schindel, Estela (2009). Inscribir el pasado en el presente: memoria y espacio urbano. *Política y cultura* 31, 65-87. [https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0188-77422009000100005](https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-77422009000100005)
- Velasco, Javier (2022). Movilidad urbana y “geometrías de poder”. El tranvía urbano en La Paz a principios del siglo XX. *Revista de Estudios Bolivianos* 28, 135-158. <https://doi.org/10.5195/bsj.2022.277>
- Wahren, Cecilia (2016). *Encarnaciones de lo autóctono. Prácticas y políticas culturales en torno a la indianidad en Bolivia a comienzos del siglo XX*. Teseo.
- Young, James (1992). The Counter-Monument: Memory against Itself in Germany Today. *Critical Inquiry* 18 (2), 267-296. <https://www.journals.uchicago.edu/doi/epdf/10.1086/448632>

### Sitios web, diarios y otros archivos consultados

- ANF (20 de marzo de 2022). Choquehuanca llama “wawa” a joven aymara que dañó estatua de Colón y convoca a cuidarlo. *Noticias Fides*. <https://www.noticiasfides.com/nacional/politica/choquehuanca-tilda-de-34wawa-34-a-joven-que-dano-la-estatua-de-colon-y-convoca-a-cuidarlo-414358>
- Bolivia Videos (3 de diciembre de 2019). *Niño gritando “jallalla las mujeres de pollera”*. [Video] Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=Ga6yoYQFbxo>
- CMLP (Concejo Municipal de La Paz) (1 de junio de 2019). En el Día de las Heroínas paceñas, concejala Álvarez pondera el rol de las mujeres. <https://www.concejomunicipal.bo/2019/07/01/en-el-dia-de-las-heroinas-pacenas-concejala-alvarez-pondera-el-rol-de-las-mujeres/>
- Corz, Carlos (22 de marzo de 2022). ‘Samka’ sobre estatua de Cristóbal Colón: ‘Es un símbolo de la colonización, es un símbolo de muerte’. *La Razón Digital*. <https://www.la-razon.com/nacional/2022/03/22/sanca-sobre-estatua-de-cristobal-colon-es-un-simbolo-de-la-colonizacion-es-un-simbolo-de-muerte/>
- ERBOL (2 de agosto de 2021). *Dañan la estatua de Cristóbal Colón en La Paz; la Policía interviene*. <https://erbol.com.bo/gente/da%C3%B1an-la-estatua-de-crist%C3%B3bal-col%C3%B3n-en-la-paz-la-polic%C3%ADa-interviene-y-hay-arrestados>

- FM Bolivia (4 de agosto de 2021). *Ministra de Culturas justifica atentado a estatua de Colón*. <https://fmbolivia.com.bo/04/08/2021/ministra-de-culturas-justifica-atentado-a-estatua-de-colon/>
- GAMEA (Gobierno Autónomo Municipal de El Alto) (27 de diciembre de 2023). *El Alto ya tiene su propio “Monolito Ponce” en plena Ceja*. *Noticias El Alto*. <https://www.elalto.gob.bo/renuevainforma/?p=15644>
- Galindo, María [QD Show] (16 de enero de 2023). *“Las paredes son el reflejo del pueblo” María Galindo*. [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=MlXBykUBwk>
- Medrano, Alberto (20 de noviembre de 2009). *El Alto Bolivia: Mujer aymará por los “Caídos de la Guerra del Gas de 2003”*. *Btvmos*. <https://www.boliviavtv.net/2009/11/el-alto-bolivia-mujer-aymara-por-los.html>
- Medrano, Alberto (7 de abril de 2014). *Murales en la Ceja de El Alto*. *Btvmos*. <https://www.boliviavtv.net/2014/04/murales-en-la-ceja-de-el-alto.html>
- Prensa Latina (18 de noviembre de 2020). *Declaran héroes del Estado a víctimas en Bolivia*. *Invasor*. <https://www.invasor.cu/es/secciones/internacionales/declaran-heroes-del-estado-a-victimas-en-bolivia>
- Radio Deseo [Radio Deseo 103.3] (20 de octubre de 2020). *Nuestros sueños no caben en sus urnas. Acción del 12 de octubre, Plaza de la Chola Globalizada*. [Video] Youtube. <https://www.youtube.com/watch?app=desktop&v=FTwUJNVpm8I&t=1s>
- Red Uno (26 de noviembre de 2021). *Eva Copa inaugura la plaza denominada “Héroes de Senkata” en honor a las “víctimas” de 2019*. <https://www.reduno.com.bo/noticias/eva-copa-inaugura-la-plaza-denominada-heroes-de-senkata-en-honor-a-las-victimas-de-2019-20211126211028>
- Rusca, Elena (15 de mayo de 2022). *Bolivia: El joven aymara Santiago Samka Mamani juzgado por romper la estatua de Colón pide ser juzgado por la ley indígena*. *El Clarín*. <https://www.elclarin.cl/2022/03/15/bolivia-el-joven-aymara-santiago-samka-mamani-juzgado-por-romper-la-estatua-de-colon-pide-ser-juzgado-por-la-ley-indigena/>
- Sánchez, Claudio (31 de julio de 2021). *Carta a TD. La Plaza del Hombre Americano - Museo a Cielo Abierto*. *Opinión*. <https://www.opinion.com.bo/articulo/ramona/carta-td-plaza-hombre-americano-museo-cielo-abierto/20210731124933829365.html>
- Velasco, Isabel (19 de enero de 2014). *La Alameda de los recuerdos y tradiciones*. <http://www.isabelvelasco.com/2014/01/la-alameda-de-los-recuerdos-y.html>

## Vanessa Calvimontes Díaz

<https://orcid.org/0000-0002-6655-1206>

vane.calvimontes@gmail.com



Candidata a Doctora en Ciencias Sociales, en la línea de Antropología, por la Universidad de Salamanca, España. Licenciada en Ciencias de la Comunicación Social con mención en Comunicación y Cultura (UCB - La Paz) y Magíster en Evaluación y Gestión del Patrimonio Cultural (Salamanca, España), gracias a la beca de la Fundación Simón I. Patiño, otorgada en reconocimiento a la excelencia académica. Actriz y literata, representante de Bolivia en el Primer Encuentro Mundial de Jóvenes Artistas - WEYA (Nottingham, Reino Unido, 2012), ganadora del “Reconocimiento a la labor cultural” otorgado por la Asamblea Plurinacional de Bolivia (2014). Becaria laboral en la Fundación Salamanca y consultora de AECID para el Ministerio de Culturas y Turismo de Bolivia. Trabajó como Responsable de Relaciones Públicas y Producción Audiovisual del Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF), enfocándose en la producción y difusión de material cultural y educativo, actualmente es investigadora adscrita de dicha institución. Docente invitada en programas de postgrado en Chile y Bolivia. Sus principales líneas de trabajo son la decolonización de la comunicación y la cultura, la folkcomunicación y la creación de narrativas digitales.

---

## Juan Villanueva Criales

<https://orcid.org/0000-0001-5239-138X>

juan.villanuevacriales@gmail.com



Arqueólogo boliviano (Universidad Mayor de San Andrés, La Paz-Bolivia), Magíster y Doctor en Antropología (Universidad de Tarapacá / Universidad Católica del Norte, Arica-Chile) y Master en Escritura Creativa (Universidad de Salamanca - España). Actualmente es docente interino en la Carrera de Arqueología de la UMSA y becario investigador experimentado de la Fundación Alexander von Humboldt (Alemania). Ha sido Coordinador del Proyecto Qhapaq Ñan para el Ministerio de Culturas de Bolivia, Técnico Analista de Patrimonio Arqueológico del Gobierno Municipal de La Paz, Investigador Invitado en el Instituto de Arqueología y Antropología Cultural de la Universidad de Bonn, en Alemania y, durante siete años, Jefe de la Unidad de Investigación del Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF), en La Paz, además de docente de pre y postgrado en universidades chilenas, alemanas y bolivianas. Sus intereses de investigación incluyen iconografía de la sociedad Tiwanaku; cerámica, muerte y asentamiento en el Intermedio tardío altiplánico; historia del pensamiento arqueológico boliviano; estudios críticos sobre el patrimonio cultural, museos y comunidades locales; y estudios materiales contemporáneos. Sobre estos temas lleva publicados cuatro libros y más de setenta artículos en medios locales e internacionales.

